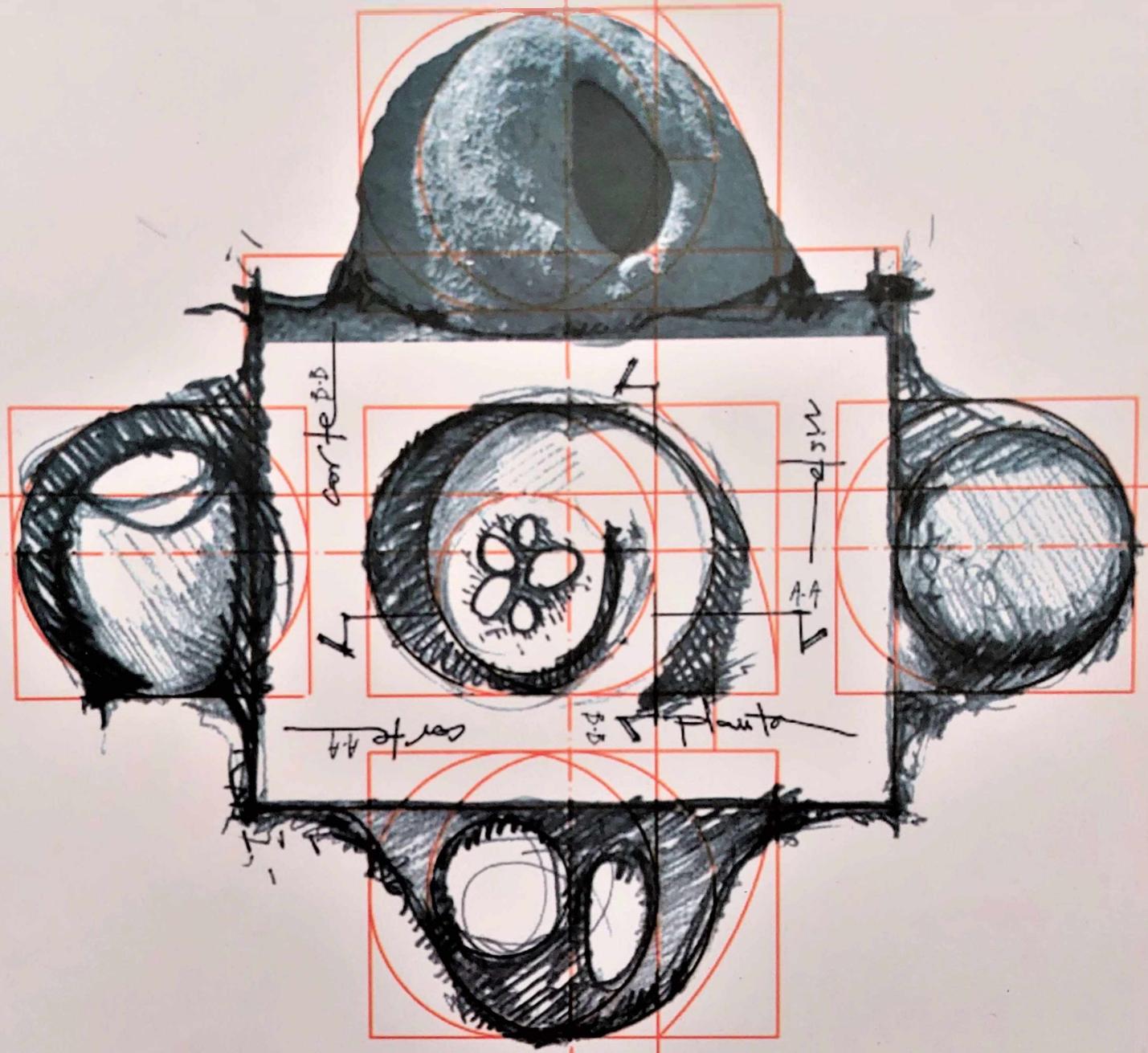


Premio Bienal de Arquitectura,
Urbanismo, Investigación y Teoría.



CAPBA 2003

COLEGIO DE ARQUITECTOS
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

La Ciudad Universitaria

ARQUITECTO

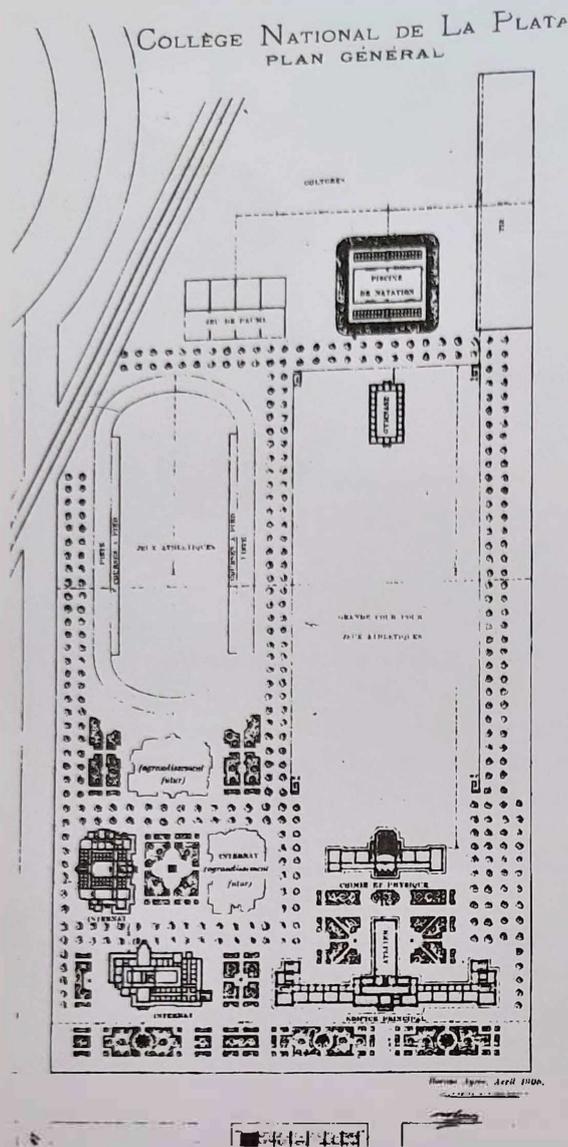
Gustavo Vallejo

1. La crisis desatada en nuestro país en diciembre de 2001 originó diversas interpretaciones entre las cuales cobraron particular entidad aquellas que desde una perspectiva histórica volvieron la mirada hacia el crac de 1890 y buscaron establecer paralelismos entre ambas coyunturas signadas por la presencia del conservadorismo en el poder.

La perspectiva histórica también nos permite reflexionar acerca de la inmanencia de problemas constitutivos de la tradición liberal argentina, y sobre las aporías en las que quedaron inmersos los intentos de conducir la salida de su primera gran crisis preanunciando crisis posteriores.

En este contexto se inscribe la emergencia del dispositivo institucional y material de la Ciudad Universitaria, cuya conformación se asienta en nuestro país sobre una cierta redefinición del iluminismo finisecular. Después del programa sarmientino que identificó en la gran ciudad moderna y la educación a los instrumentos reformistas para arribar a la sociedad moderna deseada, su formulación provino de una cisura operada sobre aquella confluencia. La gran ciudad moderna y la educación debían separarse para dar lugar a un nuevo programa reformista que partía de autonomizar el saber –incluso físicamente– a efectos de reformar la esfera del poder que estaba fuertemente desprestigiada. Eso era lo que pensaba Joaquín V. González en su apuesta a una reforma desde adentro del “orden conservador” que debía inmunizarlo a las futuras aperturas políticas, “capacitando a los más capaces” para sustituir una cuestionada élite dirigente por otra legitimada científicamente. Y lo haría sustrayendo a Buenos Aires el espacio para llevar a cabo un modélico experimento educacional. Por él, La Plata se reconvertiría en la Ciudad Universitaria del país, a partir de una operación que en 1905 va a atravesar *tout court* las esferas política, académica y urbanística. Allí confluyen una versión del naturalismo inglés en directa interacción con el iluminismo, que parece recrear ideales constitutivos de la tradición clásica arquitectónica. La unión de razón y naturaleza que en el Siglo de las Luces Laugier y luego Milizia plantearon atribuyendo al bosque una capacidad preformativa sobre la ciudad ideal, puede seguirse en objetivos desplegados por la cultura urbana argentina en La Plata. Nacida en 1882 de un bosque preexistente, La Plata expresaba en ese tránsito de la naturaleza a la razón aquellos ideales de la preceptiva ilustrada, los cuales en 1905 y merced a la fuerte impronta del naturalismo inglés se desplazaban hacia una redefinición de aquella secuencia lógica: del “bosque como ciudad” de Laugier y Milizia se llegaba a la Ciudad Universitaria como bosque que imaginó González anclando en esa figura cultural el locus identitario de su emprendimiento educacional. La alquimia de un naturalismo que se valía del pintoresquismo inglés para resemantizar un nuevo artificio urbano, revitalizaba el iluminismo del plan fundacional a expensas de ser objeto de tensiones desnudadas por una nueva crisis, en este caso de democratización de la sociedad, cuando con ella se invoque al resurgimiento de la verdadera naturaleza sojuzgada por un programa “contra natura”.

2. La Universidad gonzaliana nació así al calor de un naturalismo pedagógico cultivado en el Reino Unido para formar futuras élites de gobierno. Ellos se asentaron sobre particulares adaptaciones sociales del evolucionismo darwiniano que proporcionaron argumentos “científicos” para custodiar la burguesía como sector naturalmente detentador de la cultura y el poder. Mientras el *laissez faire* se correspondía con la selección natural que preservaba a los mejor adaptados, tácticas que siguiendo una economía del poder encontraron más eficaz y rentable vigilar e internalizar el autocontrol por sobre el castigo, se constituyeron en medidas adicionales para colaborar con la selección que hacía la naturaleza. La legitimación de la exclusión social, por vía natural o artificial también vio emerger al gentleman, individuo llamado a conducir la sociedad. Francis Galton, primo de Darwin, lo caracterizó genéticamente: del mismo modo que de “un cocodrilo nunca podía esperarse llegara a ser gacela”, de “un negro o un obrero” jamás podría surgir un gentleman. La noción de adaptación utilizada por Darwin para advertir la capacidad de reproducción de una especie ya había sido reinterpretada para legitimar la supremacía de los mejor posicionados en la escala social. Paralelamente un nuevo campo de experimentaciones surgió para aislar a los futuros gentleman en establecimientos inmersos en una naturaleza “incontaminada” de los “vicios” engendrados por la ciudad moderna. “A través de la oposición entre campo y ciudad, vista también desde la crítica moral con la que el romanticismo inglés denunció los males de la sociedad industrial, se tramaron un conjunto de ideas que remiten a la raíz clásica de un par dialéctico, etimológicamente determinante de funciones antitéticas en localizaciones que también lo son. Nos referimos a la básica oposición entre ocio y negocio establecida desde el papel que los griegos atribuían a la educación: ocio en griego es *scholé*, que significa instrucción –o en inglés *school*– y su opuesto *a-scholé* designa al trabajo, estado de servidumbre; en tanto que en latín *otium* se opone a *negotium*. El mismo par dialéctico es el que trasunta la voluntad helénica de evitar confundir en un mismo espacio la plaza del mercado destinada a comprar y vender y el ágora a reflexionar desinteresadamente.”



Con ciudades modernas devenidas en metrópolis, cuyos espacios públicos no eran ágoras sino mercados, el campo asumió nuevas valoraciones desde el imaginario de un preciso grupo social que le atribuyó la función de concentrar el sitio del ocio, *scholé* o *school*, como forma de contrarrestar las patologías de la ciudad. Resonaba a su vez cierto fervor neoplatónico con el que en el siglo XVI los florentinos concibieron la articulación teórica entre el *otium* del campo y el *neg otium* de la ciudad, entre agro y capital, cuando Marsilio Ficino situó su Academia en una villa. Nació en la campiña toscana el *otium cum dignitate*, como una reinterpretación del mítico "Jardín de Akademos", que instituía el aprendizaje de la naturaleza bajo una convicción que llegará hasta el programa del "arte nuevo" proclamado por León Batista Alberti.

La perduración de estas oposiciones en la modernidad pueden leerse desde el clásico esquema trazado por Carl Schorske acerca de las consideraciones de la ciudad europea entre la virtud y el vicio. La búsqueda de formar el *gentleman* condensaba tradiciones culturales naturalistas que se hicieron cargo del paso de las consideraciones de la ciudad europea vista como virtud por la filosofía de la Ilustración a la antitética mirada como vicio afianzada tras la segunda revolución industrial. Y si ese trayecto tuvo en Adam Smith y Voltaire a los principales representantes de la primera postura, y a William Morris y John Ruskin como protagonistas de la segunda, también pueden buscarse sus resonancias regionales en el paso del afán urbanizador rivadaviano y sarmientino, a la oposición suscitada cuando el crac de 1890 y la percepción del advenimiento de un siglo signado por la masificación de las ciudades, alcance al aristocraticismo con el que José Rodó y especialmente Miguel Cané (los principales encargados en el Río de la Plata de operativizar el uso ideológico de las figuras anglosajonas de Ariel y Calibán, el buen y el mal esclavo de La Tempestad de Shakespeare), buscaron "cerrar el círculo" para recuperar la virtud perdida en la ciudad moderna. La "metrópolis fenicia" a la que se referiría Rodó, cuya manifestación palpable era para Cané una Buenos Aires que ya había dejado de ser la "Athenas del Plata" para convertirse en la "Cartago de Sudamérica".

Al malestar metropolitano, se contrapuso entonces la idea de concebir refugios para la especulación desinteresada. Así el compromiso de la burguesía con el capitalismo se combinaba con el distanciamiento del paralizante torbellino de las metrópolis que había originado. Fue precisamente en ese distanciamiento del medio social iluminado por el culto a la aristocracia, donde programas educacionales ingleses originaron la institución del Internado moderno. Si bien la existencia de Internados tenía una larga data, fue hacia 1870 cuando los ideales desurbanizadores acrecentaron su influencia en la educación y las denominadas *public schools*, comenzaron a redefinir primero en su funcionamiento global y sólo luego en sus formas, el énfasis puesto en el encierro y la clausura.

La toma de distancia del mundo físico y social convergía en Internados que proveían al joven de la inclinación a la actividad por nada, en tanto dimensión fundamental del ethos de una burguesía que absorbía la sociabilidad aristocrática. Con ella podía presumir en todo momento de su "distancia electiva de los intereses materiales, afirmada en el arte y el deporte. Precisamente fue en en *public school* como Rugby, donde nacieron los deportes modernos inmersos en las estrategias pedagógicas de entrenamiento de los futuros dirigentes a partir de la escisión entre el mundo afectivo y el universo de las decisiones, tratando que el primero no contaminase el segundo. En base a las *public schools*, nacieron las primeras instituciones que adoptaron la denominación de *new-school*: Abbotsholme (1889) y Bedales (1893). Con ellas quedó instituida un ineludible sistema preparatorio exigido para acceder a las muy exclusivas Universidades de Oxford y Cambridge.

Edmond Demolins, estudió los Internados ingleses buscando responder a la pregunta con la que tituló en 1899 su más influyente obra: *À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* Ese mismo año, tras visitar Abbotsholme, inauguró la *École des Roches* en las afueras de París para extender el influjo de la educación inglesa en Francia. Si bien representó la inicial aplicación de las ideas de las *new school* en el mundo latino, no era del todo ajena a la realidad francesa: ni a la roussoniana exaltación del "hombre natural" de Emilio o de la educación (1761), ni a las denuncias que Frédéric Le Play hacía de los vicios de la ciudad moderna, ni tampoco a las utopías de Fourier, Considérant y Godin, que contribuyeron a propagar las bondades de la vida comunitaria en el campo. El establecimiento de Demolins se valió de estos preceptos para iniciar una experiencia educativa "lejos de la vida ficticia de las ciudades, lejos de falsos placeres y de las tentaciones malsanas, lejos de los ejércitos de micos y de los miasmas acumulados". Inmerso en cambio en el campo, donde la profusión del "aire, la luz, el agua, el espacio, la limpieza y la belleza"; garantizaba por sí sola "la salud del alma y la salud del cuerpo".

En los Estados Unidos, las new schools llegaron con College que se amalgamaron rápidamente al mito del pionerismo y a la tradición jeffersoniana, cultura de un sistema de pequeñas comunidades agrícolas autogobernadas. A partir de allí, John Dewey sentó las bases del pragmatismo que afirmó la principal tradición educativa de ese país.

Detrás de la impresionante difusión que tuvieron las teorías pedagógicas inglesas, junto al mayor grado de receptividad que podían presentar determinadas tradiciones culturales, operaban las acciones de verdaderos "espías" que en el plano educacional parecían encarnar una función análoga a la que llevó a cabo Hermann Muthésius indagando sistemas de industrialización de la vivienda británica para favorecer con ese conocimiento el expansionismo capitalista alemán. A partir de la acción de enviados culturales que estudiaban las new schools, se delineó una red que confluyó en 1899 en el Bureau International des École Nouvelle (B.I.E.N.) con una codificación de 29 puntos, donde el primero era especialmente indicativo del ideal promovido: "La Escuela Nueva es un Internado familiar establecido en el campo".

3. Entre los intelectuales argentinos que se interesaron por los nuevos métodos pedagógicos ingleses, se destaca Carlos O. Bunge quien después de realizar en 1899 el viaje procesional a la meca de la new school, difundió intensamente el home education, en tanto sistema de Internado que sumergía al joven especialmente seleccionado en una escenografía deliberadamente diseñada para recrear un área rural periurbana atendiendo un doble objetivo: por una parte, acelerar el proceso de "integración" de los iguales y "exclusión" de los diferentes y, por otra parte, incrementar el contacto de los futuros dirigentes con la naturaleza -aunque más no sea con una naturaleza simulada- para estimular el self government. El higienista Francisco Súnico prolongó estas inquietudes en el profundo estudio de la arquitectura escolar reunido en una obra que en 1903 le entregó al Ministro González. Consistía en el análisis crítico del 90% de las escuelas argentinas que conoció en su rol de Inspector Médico, a las que oponía su ideal de "Internado laico" conformado por pabellones aislados en amplios terrenos libres. Súnico a su vez recomendaba desplazarse a zonas despobladas de los alrededores de Buenos Aires para situar estas "magníficas construcciones modernas, de tipo salubre, que estarían llamadas a constituir los Internados florecientes, tanto por lo que podría esperarse del sentido práctico de los padres de familia, como porque la prensa en general y la misma voz del higienista se encargarían de preconizar recomendando sus benéficas influencias sobre la salud del pupilo y la legítima educación que este género de establecimientos implantaría".

Cuando González recibió el Informe de Súnico, ya estaba en marcha su plan de crear una institución para la formación superior que trascendiera a las preexistentes Universidades. Valorando igualmente sus contribuciones, remarcaba la función habían tenido y la que le auguraba a su nuevo establecimiento en la evolución nacional. Si de los Internados de las Universidades de Córdoba -Montserrat- y Buenos Aires -San Carlos-, habían salido figuras activas en la etapa post revolucionaria y del de Concepción del Uruguay creado por Urquiza, aquellas que intervinieron en la organización nacional, el nuevo Internado estaría llamado a realizar un importante aporte en la democracia argentina que habría de nacer. Desde la preminente posición política que ocupaba, González podía ver allanado el camino para la efectiva materialización del nuevo programa académico en condiciones poco menos que irrepetibles en la historia de las instituciones educativas argentinas. González ya era uno de los intelectuales de mayor reconocimiento en Argentina y su intensa praxis política recogía inquietudes personales presentes ya en su Tesis doctoral que con el emblemático título de Estudio sobre la Revolución (1885), indagó los distintos medios "civilizados" de convivencia capaces de evitar trastornos en las sociedades modernas.

A comienzos del siglo XX la forma de superar el fraude electoral sin que todo el sistema se desmadrara, residía entonces en la edificación de una utópica "República de sabios" que custodiara la cultura, con masas de inmigrantes nacionalizadas y educadas que elegirían y élites formadas meritocráticamente, de donde saldrían los elegidos. Esa era la función que tendría el Internado en la conformación de la cabeza del organismo social.

El nuevo proyecto educacional coincidió con la puesta en discurso de la reactivación de La Plata a partir del traspaso de su puerto a la Nación, que conllevaba también un redescubrimiento de sus virtudes. Así, un verdadero experimento controlado, afin a los propugnados por los ideólogos de las new school, iría cobrando forma las sugerencias de Súnico de dirigirse a localidades circundantes de Buenos Aires y la identificación de un ambiente de virtuosa serenidad en La Plata. Las bondades para hacer factible el otium cum dignitate en esta ciudad fueron remarcadas por Manuel Bernárdez, quien en 1904 ya veía la conocida creación de Dardo Rocha en su nuevo rol de "ciudad universitaria" del país, y más aún de "metrópolis universitaria de Sud América". La ciudad nacida para armonizar las tensiones políticas que permitieron a la Generación del '80 iniciar la organización nacional, despertaba un innegable aprecio por sus palacios y espacios verdes, dispuestos dentro de una singular matriz urbana que albergaba muy cómodamente a menos de la cuarta parte de los habitantes para los que había sido prefigurada. Y la quietud que impregnaba su vida cotidiana desde que la crisis de 1890 interrumpiera drásticamente el fastuoso plan de obras públicas de la etapa fundacional, era ahora el rasgo principal de un carácter que dejaba de tener connotaciones negativas para convertirse en el más importante motivo de atracción. El clásico par oposicional establecido entre las naciones de ocio y negocio, devenía en el carácter diferencial que Bernárdez atribuía a Buenos Aires y La Plata, llamando a aquella "la ciudad torrente" y a ésta "la ciudad remanso".

"Y si el represivo "Internado claustral", que en Facundo (1854) Sarmiento asimiló culturalmente a toda la ciudad de Córdoba, mantenía su vigencia en Buenos Aires para sustraerse de la agitada "ciudad torrente"; en la "ciudad remanso" el ambiente general favorecía la implementación de dispositivos que reemplazaran el encierro. Un sistema "a pleno aire, en el ambiente propio de los jardines y los tranquilos arbolados", que "sin necesidad de recluir ni de enclaustrar", haría de La Plata la "ciudad productora de las grandes energías morales y mentales que Buenos Aires consume, en su devorante función de crear fuerza y progreso". "La cabeza política, financiera, comercial, social y artística, la Nueva York latinoamericana en Buenos Aires" se complementaría con "la sede mental, la capital de la cultura docente, la Boston, la Filadelfia del continente del sud, en las tranquilas frondas de La Plata".

4. La ubicación de la institución gonzaliana en el Paseo del Bosque ayudó a reforzar las representaciones construidas. Del bosque a la ciudad en el iluminista plan fundacional a la Ciudad Universitaria como bosque en el naturalista programa gonzaliano, toda idea urbana giraba en La Plata en torno a aquella figura cultural. Allí la "Universidad nueva" encontraría un ambiente de tranquilidad y estímulo del que carecían las demás universidades. Un entorno propicio para situar lo que González llamaría la "Oxford argentina", anclando su Universidad y la ciudad toda en una tradición pedagógica inglesa de manera por demás verosímil.

"El Internado del Colegio Nacional, pensado a la manera de un College atento a los principios que regían las new schools y codificara el B.I.E.N. abrió sus puertas en 1910. Su campus se situó en proximidad de tres importantes instituciones científicas: Museo de Ciencias Naturales (1887), Observatorio Astronómico (1887) y Facultad de Agronomía y Veterinaria (1890). Además del aporte de Súnico en los principios organizativos y en su propia incorporación al staff de Profesores, otra figura clave fue Ernesto Nelson, a quien González convocó tras conocer artículos sobre los Estados Unidos escritos para La Nación durante su estadía en la Universidad de Columbia, junto a Dewey. Ya en la Argentina, Nelson se incorporó al Internado platense animado por el propósito de introducir en nuestro país una reforma educacional apoyada en dos principios interactuantes: acrecentar la integración entre Escuela y Universidad, persiguiendo la "educación progresiva" sostenida por Dewey; y transformar la idea de "Escuela-templo" propugnada por Roca en la norteamericana idea de "casa del niño". Esta última operación trascendía el plano semántico para situarse en la redefinición de los valores que sostenían la monumentalidad de la escuela, por medio del cultivo de la home education. El ámbito educativo ideal para la "educación progresiva", sería entonces un "hogar", un refugio familiar al torbellino metropolitano instalado en plena naturaleza."

Con los aportes de la pedagogía anglosajona y la higiene escolar puestos al servicio de la formación de élites, González buscó crear, más que una Universidad, una ciudad del saber, una "República universitaria", gobernada no por un Rector -como las demás Universidades argentinas- sino por un Presidente. Un centro intelectual regido por el "Internado laico" que buscaba fundamentalmente la formación del gentleman, futuro reproductor del orden liberal, a quien desde la adolescencia se lo hacía partícipe del gobierno de una institución representada como una "democracia en miniatura".

La "Universidad nueva" dispuso de 18 hectáreas del Bosque (Avenida 1 entre 47, 50 y vías del ferrocarril) que la Nación recibió de la Provincia. Allí se desarrolló el proyecto de los ingenieros Massini y Olmos que volcaron las preferencias expresadas por Súnico a un énfasis puesto en concebir los edificios como figuras sobre un vasto fondo natural que diluía el impacto arquitectónico. Mientras en la Universidad de Virginia, Tomás Jefferson inauguró en cierta medida la tipología de campus norteamericano con un conjunto edilicio regido por el vacío del antepatio longitudinal que precede a su edificio principal, la emblemática rotonda de la Biblioteca, el campus de la universidad platense nació invirtiendo aquella distribución. El edificio principal no estaba en el remate de un eje sino en su comienzo y al igual que el proyecto fundacional de La Plata, ese eje del nuevo campus no definía un vacío recorrible sino una secuencia edilicia que sólo podía ser percibida desde la naturaleza circundante. El Colegio, con sus 128 metros de frente sobre Avenida 1, indicaba el inicio de una enfilade continuada por el Laboratorio de Física, de claras reminiscencias helénicas que se hacían presente en el cuerpo hipóstilo central y por el Gimnasio que en sus mayores pretensiones y el uso del orden dórico, adoptaba la forma de un Templo a la educación física para participar de una búsqueda de fundir a través de la estética, la aristocracia simbolizada por el estilo griego y los valores de la educación norteamericana e inglesa. Un tanto liberados de esa tensión se hallaban los edificios del Internado, que al costado del eje adoptaron el carácter de villas, donde la idea de home-education se materializaba en la pintoresquista asimilación a una casa antes que a palacios o templos. La arquitectura lograba así traducir a las formas la idea de casa "en el sentido social de la palabra", porque "la casa" era "la unidad institucional en este sistema de educación".

Y como un gentleman no podía ser producto de la imposición de "frenos exteriores" sino de instituciones que formaban y vigorizaban el "freno interior", una arquitectura de espacios libres se convertía en el gran alarde que hacía el poder con un sistema que obviaba la imposición de límites físicos para desplazarlos al autocontrol a través del disciplinamiento.

Una diversidad de actividades propendió a separar cuanto fuera posible a los educandos de sus hogares biológicos, donde no se podía saberse "científicamente" cuán benéfica o perjudicial era la influencia ejercida por su entorno inmediato, donde no se podía "vigilarlo en sus horas de estudio o de recreo, ni ver en qué medida comparte los beneficios morales de la educación doméstica (...) ni verificar si la obra del día escolar es destruida por el mal ejemplo, la incuria, la incapacidad". De este modo en el positivista dispositivo gonzaliano parecían quedar controladas todas las variables que mediaban en el proceso formativo del gentleman. El disciplinamiento y la formación del carácter en el autocontrol, también fueron perseguidos a través del deporte, acorde en la importancia que les dieran las public schools y las new schools. Las instalaciones dedicadas a "la educación física más completa que puedan apetecer los mejores institutos del mundo" trataron de ser complementadas con un estadio que permitiera realizar Juegos Olímpicos y competencias internacionales. Las condiciones naturales contribuían a este propósito, proveyendo al Colegio de un contacto casi directo con el río, merced a los canales que prolongaban el puerto de cabotaje de La Plata hasta las inmediaciones del Bosque. Y en esa relación entre el bosque colonizado por el Internado y el río, se alimentaban los deseos de ver alumnos platenses realizando "ejercicios de remo y regatas universitarias análogas a las de Cambridge y Oxford". Los muy ambiciosos objetivos olímpicos no prosperaron en el campus del Internado, pero de ese afán pedagógico y deportivo son deudores iniciativas desplazadas a sus inmediaciones, como la que favoreció la creación de las instalaciones del Club nacido en 1905 y precisamente llamado Estudiantes. Sobre el predio asignado dentro del Bosque el Estado provincial subsidió en 1911 la construcción del estadio de fútbol -proyecto de Juan Waldorp (hijo)- porque constituía una natural prolongación de la Universidad que adoptaba sus fundamentos de "Inglaterra que es el país civilizado que cultiva con mayor interés y con mayor intensidad el desarrollo de las condiciones físicas de los hombres".

Ese era el ejemplo que ofrecía Estudiantes "con 300 jóvenes", hijos de "distinguidas familias" que formaban parte del Colegio Nacional, dando cuenta de una perduración de los objetivos con los que el fútbol había llegado al Río de la Plata hacia 1880 de la mano de profesores ingleses en colegios de élite.

5. Los fines tutelares de la educación no terminaban en la experiencia platense sino que, precisamente, ésta iluminaba los propósitos mayores de idear un dispositivo nacional donde el medio y la arquitectura prefiguraran una organización racional como fundamento de futuros gobiernos federales. Reuniendo el Colegio Nacional "la fórmula perfecta del sistema que el Estado necesita para formar el círculo superior", universidades como la de La Plata aunque adaptadas a los diversos puntos del país en los que se distribuirían, proveerían la elite intelectual y política a la democracia, seleccionando las capacidades a través de un "federalismo natural o social" que llevaría a la realidad "lo escrito en las constituciones". Cada universidad se convertiría en "la metrópolis intelectual de una región".

La nueva elite que surgiría de este programa requería que el Estado atendiera plenamente las necesidades de las familias más acomodadas en el contexto de un país que afianzaba su carácter agroexportador. Asimilando clase social a capacidad, Nelson sostenía que con los Internados quedarían resueltos los problemas que impedían a la clase alta argentina desplazarse de la ciudad al campo. La "plutocracia agrícola" que Nelson veía en ciernes, obligaba a pensar que el Estado debía ir con la educación detrás de ese sector social.

Y si el propio González impulsó similares establecimientos en Córdoba y Rosario, también existió otro intento de descentralizar la elitista selección de las capacidades cuando en 1912 el Senador Láinez promovió un sistema de "Casas Tutoriales" anexas a todos los Colegios Nacionales siguiendo el modelo platense. En los argumentos esgrimidos, Láinez volvía sobre la insistente mirada de la gran ciudad como entidad engendradora de vicios, para presentar a su plan como el resguardo que necesitaba la elite de jóvenes a los que la Capital Federal les ofrecía demasiados riesgos como para "que puedan escapar indemnes a todas sus tentaciones". Las "Casas Tutoriales" de las pequeñas localidades del interior del país, harían que el adolescente proveniente de familias acomodadas, al entrar en un período en el cual "las pasiones empiezan a desenvolverse", fuera alejado "lo más posible" de los "falsos halagos" de Buenos Aires. Láinez buscaba así dar respuesta a la tautológica pregunta que por ejemplo Bernárdez había dejado abierta cuando era inminente la fundación de la Universidad Nacional de La Plata: "¿a dónde irá el joven a parar en Buenos Aires? Quién lo vigilará y guiará su encandilada moral en la urbs fascinadora y deslumbrante?". Del mismo modo que el Internado de La Plata y los establecimientos escolanovistas europeos y norteamericanos, la respuesta para Láinez la habría de proporcionar una educación que recaiga en "pequeñas ciudades donde la población entera se convirtiera en controlador", donde "la pequeña villa es la familia misma del estudiante" y éste se haría "mejor hombre", formándose "a la distancia del hogar paterno".

Las articulaciones establecidas entre cultura científica y poder, dejaban en claro la vigencia del esquema trazado por Cané, según el cual la Argentina debía ser "una república aristocrática donde los que mandan tutelen a la sociedad hasta la emergencia de la república real, cuya llegada estaría indicada por el preciso momento en que las masas hubiesen internalizado aquellos principios". Ese era el horizonte de ideas compartido con González, Nelson y Láinez. La universidad gonzaliana participó así de los esfuerzos desplegados por el liberalismo argentino para controlar desde la educación el proceso de democratización del país, conformando un "cuerpo social" ordenado que tuviera su cabeza meritocráticamente legitimada, para poder reunir las dos exigencias fundamentales y contradictorias entre sí, de las que -como dice Bobbio- nacieron los Estados liberales contemporáneos: limitar el poder y distribuirlo.

"Pero las expectativas comenzarían a desvanecerse al advertirse que la Ley de sufragio universal, secreto y obligatorio, más que venir a distribuir el poder que se hallaba por debajo de la cabeza de un sistema que preparaba su recambio a través de la educación tutorial, terminó trastocando todo el cuerpo político y social. Precisamente La Plata, en tanto emblemática manifestación de los logros materiales y culturales alcanzados por una organización nacional fundada en un estricto orden geométrico e institucional, fue identificada con los valores a custodiar de esa gran amenaza que se cernía sobre la tradición liberal. Eso es lo que en 1916, ante la irrupción del yrigoyenismo y con él de la "mediocridad democrática" que amenazaba con aplastar la preeminencia de las capacidades conferida por la educación expone Juan Alsina -máximo responsable del área de inmigración durante años- en su carta de salutación a Dardo Rocha. La felicitación por un nuevo aniversario de la ciudad "creada como prueba de la potencia del alma argentina; para regularización de nuestra política, consagración de la normalidad de la vida nacional y principio de una era de perfección institucional"; rápidamente deja paso a la dramática exposición de la incertidumbre por el futuro que ambos compartían: "nuestros contemporáneos y sucesores, parecen no querer aceptar la transmisión que aceptamos nosotros, y pretenden hacer del mismo pueblo inexperto e ineducado, los directores de la vida nacional, improvisando doctrinas y procedimientos. (...) La ignorancia de los individuos de la masa votante, que produjo los nuevos hombres que ocupan el Gobierno, estos sucesores nuestros, nos pueden causar un retroceso". Alsina cerraba su epístola insistiendo en ejemplarizar con el origen de La Plata y el control ejercido sobre más de dos millones y medio de inmigrantes, un proceso cuya evolución parecía entrar en un sentido inverso, motivando su lacónica pregunta final: "¿Retrocederán nuestras obras?".

El temor de los últimos sobrevivientes de la Generación del '80, se sumaba al de continuadores de la tradición liberal que advertían cómo, en la masividad de las grandes ciudades, se construían nuevas formas de acumulación de poder político y económico, mientras los grandes latifundios permanecían sin ser transformados por aquella "plutocracia agrícola" que esperaban ver conduciendo el país en la salida democrática.

La misma fuerza de la reacción oligárquica de grupos que ni siquiera aceptaban los cambios graduales en materia educacional promovidos por González y Nelson, irá moderando la capacidad de transformación de la nueva democracia. A pesar de ello inevitablemente se irá produciendo el arribo de nuevos sectores a la vida política y social argentina, con su directo correlato en los cambios sobreimpuestos al funcionamiento de la Universidad platense, obligada a redefinir los objetivos elitistas con los que había nacido. El surgimiento de una nueva generación en el ámbito universitario tendría una expresión palpable: en 1920 fue clausurado el régimen de Internado creado por Joaquín V. González y en el que se había formado su hijo Julio V. González, ahora líder de la reacción. Con Julio V. González y su Revolución universitaria (1922), llegaba a un inesperado final el ciclo que su padre contribuyera a abrir con Estudio sobre la revolución (1885).

"La crisis de aquel programa originariamente concebido desde el gradualismo de liberales interesados en llegar ordenadamente y por medio de una educación aristocrática, sublimadora del autocontrol de los instintos, a ilustrar una plutocracia que vendría a suceder a la larga etapa de dominación oligárquica, será remarcada años más tarde por Martínez Estrada -Profesor del Colegio Nacional de la UNLP desde 1921- a través del uso de la figura cultural de La Plata. Claro que ya no como lo hiciera Alsina para identificar con ella al inicio de una era de evolución y progreso indefinido que treinta y cuatro años después seres "incultos" ponían en riesgo; sino para ver las reacciones culturales de una naturaleza -geográfica y humana- que se resistía a aceptar el estricto control de sus propios impulsos. Profundizando una mirada surgida con el crack de 1890, La Plata era ahora escenario de "superestructuras" contranatura que la misma naturaleza americana se encargaba de desmontar. Los grandes edificios de la "República universitaria", que habían connotado el devenir de una ciudad que llegó a ser vista como la "Oxford argentina", formaban parte ahora de lo que Martínez Estrada calificaba despectivamente con otra referencia anglosajona: Se trataba de "Hollywood", una ciudad de decorados a la que bastaban restarle algunos de los artificios que mantenían en pie un iluminista proyecto montado por el liberalismo argentino y que la universidad gonzaliana pretendió revitalizar, para que se desmorone y como una venganza de la naturaleza americana, ésta la invadiese y "el campo entrase otra vez por sus calles".

Proyecto BHA2002-00588 MCYT (España).

CONICET INTECH/UNSAM. Fundación Antorchas.

Adrián Gorelik; *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, UNQ, Buenos Aires, 1998."

Una primera aproximación a las características físicas del proyecto fundacional de la Universidad Nacional de La Plata, puede verse en Alejandro Crispiani; "La universidad nueva de Joaquín V. González" (pp.61-86), en Hugo Biagini (comp.); *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil*, UNLP, La Plata, 1999. "

Raquel Álvarez Peláez; Francis Galton. Herencia y Eugenesia, Alianza Universidad, Madrid, 1988."

Elías señaló la paralela emergencia de los términos gentleman y sportman para denotar su convergencia en un programa educacional común. Norbert Elías y Eric Dunning; *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, FCE, México, 1995, pp.157-184."

Francisco Súnico; *Nociones de higiene escolar*, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires 1902, p.95."

Manuel Bernárdez; "La ciudad universitaria" (pp.131-158), Escaris Méndez (editor); *Hacia las cumbres. Jornadas del progreso argentino*, Talleres Tipográficos de Ortega y Radaelli, Buenos Aires, 1905, p.138."

Véase Claudia Schmidt; "De la escuela-palacio al templo del saber. Edificios para la educación moderna en Buenos Aires", 1884-1902" (pp.65-88), *Entrepassados* N°18/19, Buenos Aires, 2001."

Ernesto Nelson, "Un experimento trascendental en la educación argentina", *Boletín Mensual del Museo Social Argentino* N°1, Buenos Aires, 1912, p.211.

Joaquín V. González, "Discurso pronunciado en el acto de colocación de la piedra fundamental del edificio para el Colegio Nacional, el 6 de setiembre de 1905" (pp. 194-202); Cfr. Julio Castiñeiras; *Historia de la Universidad de La Plata*, T. 1, UNLP, 1985, p.197."

"Ministerio de Obras Públicas de la Nación. Dirección General de Arquitectura. Colegio Nacional de La Plata", *La Ingeniería* N° 220 (pp.199-204), Buenos Aires, 1907, p.202.

Sobre la relación del fútbol con la educación de élite en colegios ingleses nos referimos en; "Calcio sudamericano e stadi rioplatensi" (pp.42-45), *Casabella* N°694, Milano, 2001; y en "Arquitectura e imaginarios del fútbol rioplatense" (pp.56-59), *Premio Anual de Arquitectura, Urbanismo, Investigación y Teoría* 2001, CAPBA, La Plata, 2004.

Joaquín V. González, "Discurso pronunciado en el acto de colocación de la piedra fundamental del edificio para el Colegio Nacional el 6 de setiembre de 1905", op. cit., p.195.

"Joaquín V. González, "Conferencia pronunciada en la Biblioteca Pública de la ciudad el 28 de mayo de 1905" (pp.177-194), Cfr. Julio Castiñeiras; op. cit., p.183."

Manuel Bernárdez; op. cit., p.147

Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación, Tomo I, Buenos Aires, 1912, pp.73-74.

Oscar Terán; *Vida intelectual en el Buenos Aires fin de siglo (1880-1910)*. Derivas de la cultura científica. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000, pp.60-61.

Carta de Juan Alsina a Dardo Rocha, 19 de noviembre de 1916. Museo y Archivo Dardo Rocha, Documento N°5283.

Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Colección Archivos, Mexico, 1993, p.224. Oscar Terán se ha detenido en esta representación identificando con ella a la crisis en la que entró el liberalismo argentino tras la democratización. Oscar Terán; "La tradición liberal", en *Punto de Vista* N°50, Buenos Aires, 1994, pp.28-3.